

# El llanto de la Damasquina

Abraham Cortés Regalado

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre*

**H**oy visité el río pa' creerme la mentira de que algún día volverías, Arnulfo. Estaba muy tranquila la mañana cuando te mataron allí sobre las piedras, vaya que si me acuerdo, que por haberle pedido un poco de caridá al patrón, nomás por eso te echaron a los puercos un día cuando las aves pregonaban por tu muerte, sin detenerse siquiera a pensar en todo el cariño que nos prometíamos uno al otro. ¿Por qué tuve que perderte, Arnulfo? ¿Por qué no me esperaste? Ora ya no sé qué hacer con el tiempo que me queda, ni cómo abrirle el pecho al chamaco pa' buscarle el valor que su padre le tuvo que haber enseñado. Nomás por eso te guardo coraje; ahí lo ves mendigando por un racimo de uvas todos los días, se limita a su pobreza sólo por tu último ejemplo. Que al cabo su apá haría lo mismo, ¿tú crees eso? Por eso te maldigo, Arnulfito.

El pan no se encuentra en el sol mientras yo estoy aquí parada frente a tu sepultura, esperando a que el tiempo me carcoma el alma. Que uno puede despedirse de su gente querida, ya que la muerte concede –según los más inocentes– aquel deseo. Pero ya ni eso pude entregarme, sólo me regalaste el mísero momento cuando tuve que sacarte del río, agujereado como el camposanto pa' después predestinarme al regreso de los mismos lugares, siempre con miedo. La noche en que tuve que ponerme precio fue igual de dolorosa cuando tuve que enfrentar el verdadero presente de tu ausencia... Ojalá que las aguas en donde caíste me guarden algo de respeto y deuda, ellas son las únicas que sintieron mis lágrimas cuando todos sintieron mi cuerpo que, por cierto, también era tuyo. Pero eso no es todo, cada vez que me apretaban los pechos y buscaban en ellos la leche, pude llegar a sentir tus dedos acariciando mis pezones. Y me duele tanto saber que todo era una simple farsa, que ya el tiempo se ha ido y muy bien se sabe que no vuelve.



El marido muerto, la esposa puta y el niño cobarde. Dime si no debo temer por el porvenir de lo que resta de la familia. Total, la dignidad se puede comprar y vender, eso ya nos queda muy claro, pero ¿cuánta de ella me hace falta pa' convencer a la muerte de tu llegada? A menudo creemos que la culpa ajena es la causante de nuestra desgracia, tal vez sea cierto, tal vez no, cómo saberlo. Y pa' evitar el mismo camino pienso llevarme al chiquillo muy lejos de aquí, quizá por los rumbos del viñedo pa' que disfrute cortando todas las uvas que quiera. Por eso vengo, Arnulfo, pa' despedirme. Tengo el derecho y además merezco una buena vida, lejos de la desgracia y más lejos todavía de tu tumba, que vergüenza me da nomás de verla.

¿Sabes? Nunca te había hablado desde el corazón, es algo que debo confesarte. Creo que se debe a lo bien muerto que estás. ¡Pobre de ti, Arnulfo! Perdiste la vida y ahora a tu familia. Te convertirás en el muerto más olvidado de todo el San Juan, pero no te compadezco, algún día volveremos a vernos y será allí donde me demandes la cuenta, antes no. Pienso dedicarme a la costura o a lo que se pueda, menos andar de turra. M'ijo se irá a chambear a las cargas de frijol, lo quiera o no. Ya estuvo bueno que nos andemos partiendo la espalda por tu codiciada caridá al patrón. ¿Pero sabes una cosa? Te lo agradezco. Fue gracias a tus súplicas que entendí algo muy importante: los hombres también temen, nomás se hacen los machitos frente a la vieja y la cría, por conveniencia, quiero creer, o por algo que les haga enaltecer su hombría. Y siendo así, si bien tengo la razón, dime de qué sirvieron tus recias palabras y aquella dura postura, si nomás te condujeron a la perdición. Nomás pa' eso sirvió, pa' llevarte al entierro y a un novenario donde las oraciones apenas si Dios podía escucharlas. Y por eso también tengo miedo, tú representabas la firmeza, o por lo menos un intento de ella, y sin tu inmóvil sentimiento yo no sé cómo llevar a cabo esta vida que me toca.



*La mujer de madero*, Kevin Rodriguez Sandoval (Blackout).

Hoy vi mi sombra permanecer sobre el andar de los juncos, ellos me contaron las intenciones del viento y del llanto de la damasquina que podrida moría sobre tu epitafio. Fue cuando me acordé que un día tuviste cuerpo, de que no eras sólo un montón de escarcha esparcida por los rumbos vacíos de la casa, recordé que eras real... Y mientras la sombra del chamaco se alargaba hasta alcanzar la noche, yo procuraba hacerme la fuerte bajo las sábanas, pero no podía, siempre terminaba por darle a la oscuridad una figura muy parecida a la de tu rostro. Era allí donde más falta me hacías, pos qué iba a saber una entre lo que era sueño y lo que era realidad.

Creo que nunca aprecié verdaderamente un día a tu lado ahora que veo a las otras mujeres pasear a la par del marido por la placita del San Juan, y eso me hace sentir... pos ya sabes, mal. ¿De qué otra manera te lo explico? Lo único que no cambia en esta vida o en la otra es eso: el nudo que se enrosca en la garganta cuando se ha perdido el amor, cuando se empieza a temer por lo venidero, de que se repita una y otra vez la imagen de tu cuerpo descansando bocabajo sobre el agua. ¡Mira que rápido se nos fue la pasión y la vida! ¡Mira tú la forma en que actúa la suerte! ¡Pasa con maña las fichas, haciéndonos creer que todo se debe a la cuestión del azar!

El otro día me topé con el cura, quiso bendecir el agua del florero pa' que la choza no se viera aún más triste, por si algún día venías a visitarme, algo que tampoco hiciste conforme a los años. Me imagino que por bochorno, ¿de qué otra cosa sería? Si no, allí te hubiera esperado en la mesa, con algún pan de canela repleto de azúcar, acompañado, si querías, con un poco de caña y atole. Habría hecho de todo pa' que te quedaras, sólo por ti me hubiera olvidado de mis anhelos, de mi nombre, y sí, hasta de que soy mujer. Por mí que se quede la muerte con sus reglas, pero que me devuelva la mitad de la vida que me robó.

Ay, Arnulfo, no sabes cuánto me duele, de verdad no tienes idea de lo mucho que me has partido el alma. Hace tiempo te vi en el reflejo de la mañana, viniste a despertarme con pequeños golpecillos sobre el cristal, y pregunté por ti sin obtener más respuesta que la del murmullo del viento. Ese día me remontaste a los tiempos en que tu voz rasgaba con suspiros las plantas de mis balcones, cuando éramos jóvenes enamorados, sin más admiración que la de nuestros ojos brillando a la par de la memoria. ¿De qué sollozaba una? ¿Con qué razones podía alcanzarla la amargura? ¿Bajo qué condiciones le cobraba la vida por los años? ¿De qué se podía adolecer una mujer allá cuando latía el corazón?

En verdad digo que no hay peor enfermedad que el tiempo, y lo pienso porque pa' eso no hay cura alguna que pueda detenerlo o alentarlo, ni siquiera las plegarias; tan sólo permanecemos sentados bajo el cielo, aguardando la llegada de la noche y las estrellas —aunque todo eso parece no tener importancia cuando tú ya no estás a mi lado pa' observarlas—. Sé que es simple todo lo que te reprocho, pero son las cosas más pequeñas lo que más echo de menos. Cada vez se alejan más las tardes de la marimba, el color de las flores que me llevaste a escondidas de mis padres o nuestro primer beso en el palenque mientras apostábamos por ese gallo, cuyo nombre ya ni recuerdo. Pero lo que más tengo miedo de olvidar cuando me vaya del San Juan es la primera vez que hicimos el amor, nos aferramos tan fuerte de la carne que ya nunca más nos quisimos soltar, y ahora ve cómo están las cosas, cada quien por su lado, dispersos en otro sitio. Y yo ya no sé ni qué sentir o pensar, simplemente estoy aquí parada, delante de ti, regalándote la última muestra de mi cariño, el cual me reservaré de ahora en adelante sin querer o poder extinguir, porque me has quitado el añoro, porque siempre te veo en aquel sangrante río, y cada vez que me llegan los recuerdos, me vuelve la impotencia y se me quitan las virtudes.

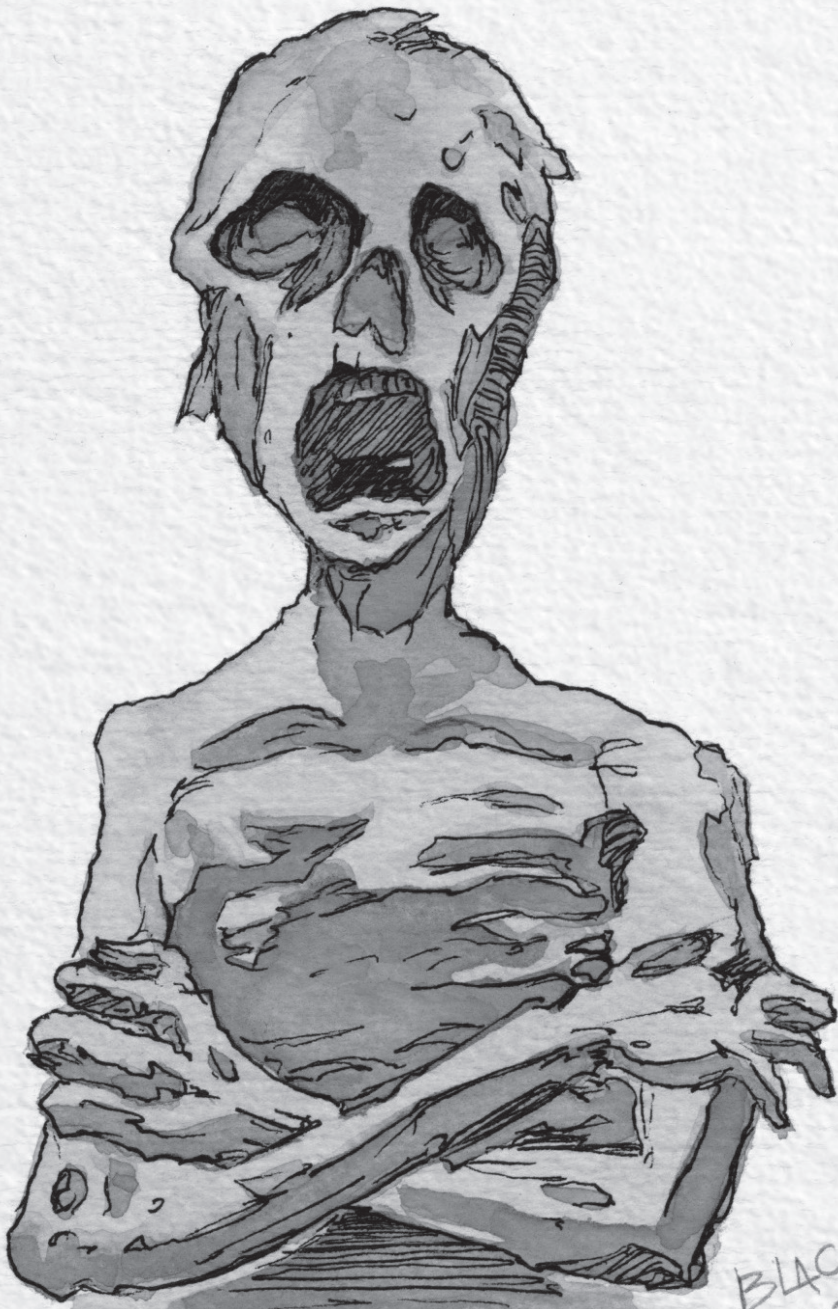
¿Qué más puedo decirte? Ya me he desahogado por todo, pero a la vez siento que nada se ha aclarado entre tú y yo, no es como si todas las sequías del alma pudieran desaparecer con facilidad, bueno fuera... Pero no me avergüenza sentir miedo, creo que aún tengo las fuerzas pa' remediar todo, de una vez por todas, y si las exigencias de un nuevo comienzo traen cosas más difíciles, pos ni modo. Me criaron como una mujer firme, pero lo había olvidado contigo, había olvidado tantas cosas, y fue como si se hubieran quedado en mi cabeza tan frescas, cuando surcaron la tierra pa' que descansaras. También eso oigo por las noches, el ruido que hacía la tierra sobre tu “ataúd” (si es que pudiéramos considerarlo así). Y cada vez que pasa, no dejo de pensar en cómo lucirá tu rostro allá abajo, entre lo más oscuro. ¿Qué cambios ha tenido desde entonces? ¿Por qué me persigue la imagen de tu desfiguro? ¿Por qué me has hecho escuchar las burlas del río todos los días?

Dicen mis comadres que se quiere más a las personas cuando fallecen, que la muerte irónicamente crea un vínculo más cercano, pero contigo yo no he sentido nada de eso, tú te fuiste y ya, mientras que yo continué esperándote... Aunque toda la sangre sea roja y no haya a simple vista diferencia entre una y otra, cuando amas demasiado a una

persona hasta eso le sabes reconocer, sabes distinguir el color de los ojos, el de la piel y hasta los bamboleos del corazón, pero ¿quién te sabe diferenciar la sangre, Arnulfo? El único miedo real es el cotidiano, no hay otro que sea más punzante y doloroso con las personas, quienes olvidan lo vulnerables que realmente son hasta que este tipo de cosas suceden. Te destruye la muerte, eso bien lo saben los vivos mejor que los muertos. La vida desapareció contigo, y se me hace injusto que me pagues las molestias con este silencio tuyo, pos es una gran mentira que las personas se convierten en polvo; el necio destino apaga la flamita del pecho transformando al cadáver en piedra, por eso la muerte es una hábil mentirosa y los vivos sus más absurdos seguidores. Pero a pesar de todo, juramos amarnos, y pretendo seguir cumpliendo mis votos hasta quebrarme con las fantasías de tu regreso.

Me gustaría quedarme, Arnulfo, pero no puedo. Sé que nunca te gustó que te trataran con lástima cuando comenzaste a envejecer, y es algo que ahora no puedes evitar. Te extraño, pero debes comprender que también te guardo lástima. Y que resulta muy duro pa' mí despertar todos los días olvidando cada vez más el dulce sabor de tus labios, porque, lo creas o no, es lo que más duele. No hay en realidad un crecimiento, nada puede superarse. La llaga es tan profunda que todos se convierten en mentirosos cuando aseguran que el tiempo es la única curación. Y por eso te odio, Arnulfo, por haberme sacado estas lágrimas y hacerme quedar con ellas pa' siempre, como si se trataran de collares de los cuales resulta fácil ponerse pero jamás quitarse.





BLACKOUT  
2016

*Momia de Sangre*, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).